

De Emmeline Pankhurst a Margaret Thatcher

Por María Elena Oddone

Para LA NACIÓN — BUENOS AIRES, 1978

Un proceso arduo e intenso que culmina al cabo de setenta años

La elección de Margaret Thatcher como primera ministra de Inglaterra es un estímulo importante para recordar a quienes hicieron posible este triunfo. Mrs. Thatcher culmina una carrera política nada común llevada tesoneramente a través de las vicisitudes que la política depara a quienes incursionan en ella. Si su condición femenina agregó obstáculos, no lo sabemos, pero es fácil deducirlo teniendo en cuenta la idiosincrasia típicamente conservadora de los ingleses. Por otra parte, no es sorprendente que haya sido Inglaterra el país que produjera este hecho, porque ha sido pionero en la lucha por los derechos de la mujer. Es inevitable asociar el triunfo de Mrs. Thatcher al recuerdo de las tan criticadas sufragistas que lideradas por Emmeline Pankhurst conmocionaron el mundo civilizado en los comienzos del siglo veinte, exigiendo el derecho al voto y preparando el camino que tan graciosamente ha recorrido la nueva primera ministra.

Todavía hoy la memoria popular identifica la palabra sufragista con una imagen de mujer poco grata. Herencia que han recibido sus sucesoras, las feministas de hoy. Sospecho que muchos conservadores que con su voto han hecho posible este triunfo de su partido, son los nietos de aquellos que atacaban con palos y paraguas a las sufragistas en las calles de Londres. La historia heroica de estas mujeres inglesas no ha tenido la difusión que han tenido otras historias de la misma nacionalidad como por ejemplo Jack el Destripador o la vida conyugal de Enrique VIII. Las razones son obvias. Las hazañas hechas por varones obsesos sexuales, sean reyes o plebeyos, han contado con el interés del cine, la literatura y la televisión porque ellos confirman el poder de los varones para disponer de la vida de las mujeres.

La historia de las sufragistas no ha tenido tanta suerte. Si se llevara al cine o a la TV se derrumbaría la leyenda negra, que sigue siendo muy útil. Es para lamentarlo, porque es una brillante página de la historia de Inglaterra de la cual sus mujeres deben estar muy orgullosas, como lo estarán por el histórico acontecimiento que nos ocupa. Muchos se sorprenderán al saber que el más antiguo ejemplo de uso por parte de las mujeres del derecho de petición fue ejercido en Inglaterra el 9 de agosto de 1693. En esa fecha fue presentada a la Cámara de los Comunes un petitorio por la paz. Por aquel entonces existía una categoría de mujeres que por su condición social privilegiada tenían derecho al voto. Eran muy pocas y no lo ponían en práctica. Tal indiferencia explica que en 1832, al reformarse la Constitución, se sustituyó la palabra "persona" por "persona del sexo masculino", con lo que quedaban excluidas todas las mujeres. Varios años antes, en 1792 había aparecido una importantísima obra a favor del derecho al voto. "Vindications of the rights of women", escrita por Mary Wollstonecraft, que tuvo el valor de ser el primer libro feminista inglés. Apoyaba sus argumentaciones y teorías en principios socializadores que fueron debatidos en los cenáculos intelectuales de la época.

El 13 de febrero de 1851 el conde Carlisle presenta en los Comunes el primer proyecto de ley del sufragio a la mujer. La petición suscrita por mil quinientas mujeres no tuvo éxito, la Cámara la recibió con ironía. John Stuart Mill fue una de las pocas voces masculinas que se alzaron en favor del proyecto. Pidió el reemplazo de la palabra "man" por "persona". Eso daría el voto automáticamente a las mujeres. Tampoco tuvo éxito; las argumentaciones con las que se trató de racionalizar tal conducta fueron: "la exclusión de las mujeres no se fundó en inferioridad intelectual o de género alguno, sino en el decoro, en las conveniencias sociales. Es un homenaje rendido al sexo, un privilegio, «honestates privilegium», así se expresaba Louis Frank en su "Ensayo sobre la condición política de la mujer" (1892).

El puritanismo del largo reinado de la antifeminista reina Victoria se oponía al avance de la era industrial que había sacado a las mujeres pobres de sus casas, incorporándolas al trabajo de las fábricas y las minas. En los comienzos del siglo había en

Inglaterra cuatro millones de trabajadoras no consideradas por la ley, lo que permitía a los empleadores pagarles lo que querían sin que ellas tuvieran derecho a protestar. Esto también perjudicaba a los hombres, porque se prefería emplear mano de obra femenina. Las mujeres trabajaban en las fábricas textiles, en las lavanderías, en las cortineras, como mensajeras de correos, y en las minas de carbón como clasificadoras, además del tradicional trabajo de empleadas domésticas. Las maestras del Estado percibían los dos tercios del sueldo de los varones en el mismo nivel. Como amas de casa hacían el trabajo gratuito (como hoy). En el matrimonio no tenían derecho alguno, y de los cargos públicos estaban excluidas al menos que hubieran nacido reinas. Los impuestos sí, eran exigidos; un rotundo rechazo al artículo de la Constitución que dice: "No taxation without representation".

En 1903 se realiza la primera ofensiva que ofrecen las mujeres, no ya individualmente sino como organización. El resultado negativo obtenido por los pacíficos petitorios mendigados durante cincuenta años obligó a las mujeres a cambiar el tono de la lucha. Emerge al primer plano la figura y la voz de Emmeline Pankhurst, viuda y madre de cuatro hijos, nacida en Manchester en una familia acomodada. Mrs. Pankhurst conocía muy bien la situación de las obreras en su ciudad natal, uno de los centros industriales más importantes. Con su marido Richards Pankhurst fundaron la Manchester National Society for Women's Suffrage. Luego del fallecimiento de éste, y con la ayuda de sus hijas Christabel, Silvia y Adèle funda en 1903 la Women's Social and Political Union (WSPU).

Estaba dotada esta singular mujer de una indomable energía. Sin medios económicos y con las dificultades fácilmente imaginables de la época victoriana para acciones de ese tipo, Emmeline organizó manifestaciones, invasiones de mujeres al Parlamento, tribunas callejeras y la costumbre de interrumpir a los oradores políticos diciéndoles: "Vuestro partido ¿otorgará el voto a la mujer?" Si no recibía respuesta o si ésta no era favorable, ella y sus seguidoras hacían una gritería que impedía la continuidad del acto. Las autoridades las dejaron hacer con una tolerancia llena de humorismo al principio. Luego comenzaron a ponerse serios. Las sufragistas, como se las llamaba, simulaban pasear por las calles y a una señal convenida —las campanadas de la Abadía de Westminster— extraían de sus bolsos piedras y martillos con los que atacaban los vidrios de los negocios. Eran detenidas y procesadas. Se les prohibió la entrada al Parlamento, porque tiraban bolsas de harina a los oradores. Por eso decidieron llegar navegando por el Támesis y penetrar disfrazadas. Volando en globo, cruzaban la ciudad tirando volantes desde la altura. Incendiaron edificios y pusieron bombas, teniendo cuidado de no hacer víctimas. "Nunca hemos puesto en peligro la vida humana. Eso se lo dejamos al enemigo, al hombre y sus guerras, no es táctica que sigamos las mujeres", dijo Pankhurst en uno de sus discursos.

El primer ministro lord Asquith se declaró en contra del voto de la mujer. La oposición gubernamental echaba leña al fuego de la lucha. El movimiento se extendió por todo el país y sumaba adeptas en todas las clases. La aristócrata y la obrera junto a la ama de casa de clase media estaban hermanadas en la causa común. Como toda lucha, el sufragismo tuvo sus mártires. Alojadas en la cárcel de Winson Green las feministas hacían huelga de hambre y se las alimentaba a la fuerza introduciéndoles tubos por la nariz y por la boca mientras estaban atadas. Interrogado el Parlamento sobre este endurecimiento de su política, el gobierno contestó que se trataba de un "tratamiento médico y hospitalario". En un choque con la policía un día de noviembre de 1910 muere Mary Clarke en una refriega que duró seis horas, al cabo de las cuales las sufragistas fueron al hospital y a la cárcel.

Otra de ellas, Emily Davidson, eligió la tarde del Derby de Epsom para arrojarse al paso de los caballos. Con la muerte espectacular quiso convencer de

la seriedad de la causa. El 2 de mayo de 1913 la policía allanó las oficinas de la WSPU, secuestró material, dispuso su disolución y la prohibición del periódico Vote for Women. Mrs. Pankhurst fue condenada a tres años de trabajos forzados. Esta medida no hizo disminuir los incendios de los edificios públicos y la destrucción de estatuas. Aparece un periódico feminista clandestino que dice: "No existe medida coercitiva imaginable, ni por parte de los hombres ni por los demonios, a la que las mujeres de la Unión no se sientan capaces de resistir, vivas o muertas" (1).

El presidente norteamericano Wilson paga una fianza de cincuenta mil francos para que Emmeline Pankhurst quede libre y la invita a visitar los Estados Unidos, donde ya había comenzado una lucha igual. De regreso a Inglaterra en el vapor Majestic, la policía allana la nave anclada en el puerto de Plymouth y la vuelve a arrestar. En señal de protesta las sufragistas incendiaron un gran edificio en Escocia y seis más en Liverpool.

En 1914 estalla la guerra. El rey Jorge V amnistió a todas las feministas que estaban presas y encargó a Mrs. Pankhurst el reclutamiento y organización de las mujeres para reemplazar la mano de obra masculina. El 28 de mayo de 1917 fue aprobado el voto a la mujer por 364 votos a favor y 22 en contra (2). Fueron necesarios más de cincuenta años de lucha y 2584 petitorios (3) más la pérdida de vidas. El bill sólo otorgaba el voto a las mujeres mayores de treinta años. Un año más tarde, en 1918, obtienen el derecho a ser electas para la Cámara de los Comunes y en 1928 el sufragio es concedido a todas. En 1919 entra en el parlamento lady Astor, la primera mujer en la historia de Gran Bretaña que integra la Cámara de los Comunes.

El voto no cambió a las mujeres ni mejoró su condición. Es sabido que las mujeres votan a los varones por una ancestral confianza en las capacidades masculinas y una irracional desconfianza en sus hermanas de sexo. El ascenso de Mrs. Thatcher no significa ningún progreso para las mujeres, como no lo ha habido nunca bajo el gobierno de mujeres excepcionales, sean reinas, amantes reales o primeras ministras. La dama inglesa es conservadora, tradicionalista y militarista, según lo ha manifestado (4). No esperáramos otra cosa. Cuando una mujer arriba a ese feudo masculino que es el poder, se espera de ella que demuestre su integración al cuerpo social que le ha permitido el paso y que está formado por varones, convirtiéndose en un hombre más y actuando como un hombre. Si, por el contrario, ella se condujera como mujer, cuestionando la carrera armamentista y otros deportes, su carrera política sería muy breve. El cuerpo social en su más alto nivel permite a veces excepciones, como en este caso, con condiciones como la ya apuntada. Tampoco debe convertirse en cabeza de puente para la masa de las mujeres, porque dejaría de estar "dentro del juego".

Margaret Thatcher no tiene el espíritu que alentaba a los sufragistas a quienes debe buena parte de su triunfo. Ese espíritu que no pudieron llevar a cabo, pero que es el mismo que alienta a las feministas de hoy y que fue expresado por una de ellas, Mary Richardson, en sus memorias: "Derribamos las barreras sin sentido que eran la maldición de nuestro sexo, mientras destruíamos las ideas y teorías que los hombres edificaron sobre nosotros. Vendrá el día en que no nos llamarán más «salvajes» y «solteronas frustradas» sino que nos verán como mujeres que abrieron las puertas hacia la libertad. Mujeres que destruyeron para siempre la mentira de la inferioridad femenina, mujeres que enseñaron al mundo qué es una auténtica mujer".

De Emmeline Pankhurst a Margaret Thatcher han transcurrido casi setenta años. ¿Cuántos faltarán para que se cumplan las palabras de Mary Richardson? ≠

(1) Israel Zangwill, "Las militantes sufragistas", 1914.

(2) L. Capezuoli y G. Cappabianca, "Historia de la Emancipación Femenina".

(3) Ibid.

(4) LA NACIÓN, 5 de mayo de 1979.

Se suel
la naci
Es frág
—tamb
Gira la
sobre c
La luz
clava e
y hace
nosotr
No a
luz de
Ella me
patria

Para es
a la son
El árbol
oigo ro
Como s
frutos
Bajo el
imagen
Por el
espiral
Sabor,
tiene p
La noc
repite